

D.

REVISTA

Gaumont

L. Gaumont Barcelona

Dirección telegráfica y telefónica:

CRONO



PASEO DE GRACIA, 66

Teléfono, 2991

Sucursales { MADRID, Fúcar, 22, pral.
BILBAO, Colón de Larreatégui, 15 y 17.

Una escena de la magnífica cinta en colores, Serie HISTORIA



LA MUERTE DE LUCRECIA

Los artistas de los Teatros Gaumont



Monsieur BOURBON
en el papel de
D. PICORETE

Variedad del Programa Gaumont n.º 7 D.

Cinematografía en color Gaumont

DRAMÁTICA

CARTEL

Núm. 4166

Serie HISTORIA

LA MUERTE DE LUCRECIA

Largo: 355 m. Color: 306 m. Palabra telegráfica: LUCRAICE

Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metraje total	Metros en virajes	Cartel ó Ampliación	Pág.
		Dramática				
Chaique	4162	Pundonor	324-50	260	Ampliación.	11
		Comedia				
Minelly	4130	La boda de Miss Isis Py	263	215		15
		Comedia				
Unuage	4164	Una nubecilla de verano	248	233	Cartel	18
		Cómica				
Incognito	4139	Incógnito	184-50	149		22
		Cómica				
Serville	4163	La venganza del agente de policía	279	237	Ampliación.	24
		Panorámica				
Monblan	1165	En el Mont-Blanc	101			29
		Documentaria				
Rerostable	4171	El aerostable de los hermanos Moreau	80			30
		Documentaria				
Tempaite	4167	Tempestad en el Golfo de Gascuña	83	79		32
		Actualidades				
		Gaumont Actualidades n.º 7				
		Cuarto Año				

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.

❁ PROGRAMA 7^D ❁

Cinematografía en color
Gaumont

Serie HISTORIA

LA MUERTE DE LUCRECIA

Lucrecia, hija de Spurio Lucretius, había dejado la casa de su padre para seguir a su nueva morada, a su esposo amado, el valiente y fiel Colatino, jefe de una falange de estorzados soldados y pariente del Rey de Roma, Tarquino el Soberbio.

Este Rey, el séptimo de Roma, había subido las gradas del trono, asesinando a su suegro Servio Tulio, y su ambición nunca satisfecha, le hizo codiciar la posesión de los estados vecinos. Con este fin el año 509 (a. J.C.) fué a sitiar al frente de sus huestes la ciudad de Ardea, ciudad floreciente de los Rútulos, en el Latium.

Colatino, llamado al campamento por Tarquino para cooperar a las operaciones del sitio despidióse de Lucrecia y se puso en camino con los suyos.

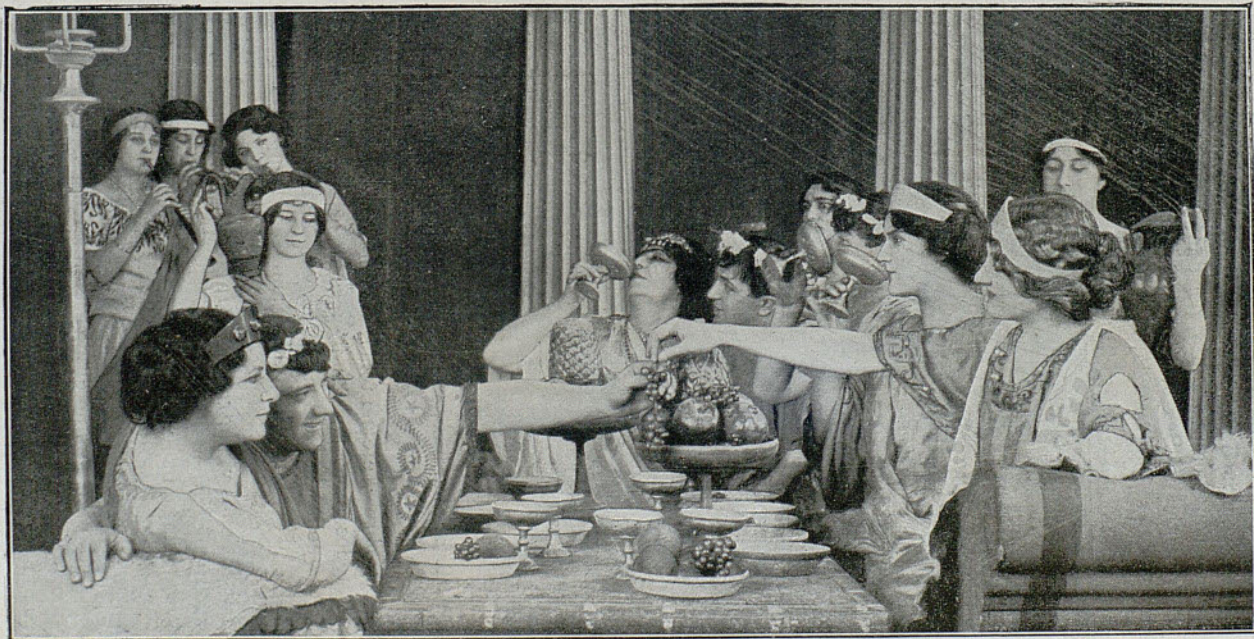
En esta despedida tuvo el soldado que revestirse de toda su energía para no aparecer conmovido y dejar traslucir la inmensa emoción que le embargaba al separarse de su joven esposa, acongojada y llorosa.

* * *

En el campamento, bajo las murallas de Ardea.

A la actividad primera desplegada por el ejército para establecer, extender y reforzar los trabajos del cerco, sucedió una blanda pereza.

Ardea, bien defendida, únicamente podía ser reducida por el hambre y Tarquino, juzgando inútil precipitar los acontecimientos prefería



Sus mujeres reunidas en una casa patricia suavizaban en alegre compañía...

L. Gaumont

esperar a que la miseria cumpliera su obra antes que de sacrificar con un golpe de fuerza aventurado la flor y nata de sus tropas.

Por lo tanto en el campamento, por doquiera, reinaba la inactividad.

Bajo la tienda de Sexto, hijo de Tarquino, reuniéronse una tarde, alrededor de una mesa bien surtida, los altos oficiales del ejército. Recayó



Esta hallábase en su casa, ocupada con sus esclavas en hilar la lana.

la conversación sobre el eterno tema, sus hogares abandonados y sus mujeres, y como todos evocaran las figuras de éstas, viéndolas, unánimes, aplicadas a los quehaceres de sus casas y doloridas de la ausencia de sus esposos, Sexto, de alma disoluta y malvada rompió en una carjada estrepitosa.

Hubo discusiones y controversias, abogando cada cual por la honradez de su esposa combatiendo indignado la duda injuriosa de Sexto. Más éste, sarcástico, firme en su idea, propuso a sus amigos llegar a caballo hasta Roma, y sorprender a sus mujeres, ya fuera en sus ocupaciones o en sus distracciones. Fué aceptada su idea y momentos después, armados y equipados, se ponían en camino en dirección a Roma.

Colatino que formaba parte de la expedición era de los que habían combatido con mayor ardor la malvada suposición de Sexto, y con el alma

L. Gaumont

tranquila, llena de la imagen de Lucrecia en cuya virtud creía, ansiaba que llegara el momento de estrechar entre sus brazos a su amante esposa.

* * *

Sexto conocía bien el corazón de la mujer, más ignoraba la hermosura del de Lucrecia.



Al ver entrar a su marido iluminóse de alegría su hermoso semblante.

Cuando llegaron él y sus amigos a Roma, sus mujeres en una casa patricia reunidas suavizaban, en alegre compañía, la amargura de su viudez forzada.

Coronadas de rosas, perfumadas, arrulladas por las palabras mimosas de sus compañeros, poetas, artistas, jóvenes en fin que no practicaban el noble oficio de las armas, dejaban transcurrir las horas y dejaban para más tarde los menesteres de la casa.

La aparición de sus maridos, anunciada por un esclavo, dispersó por los aposentos interiores de la casa a sus compañeros de jolgorio, y llevó a sus pechos la consternación. Mas una de ellas, de más sangre fría que sus amigas se encargó de disipar las dudas que aquel banquete no dejaría de producir en sus maridos. Saludó respetuosamente a los soldados que, sorprendidos, observaban desde el umbral de la puerta el aparato del festín y dijo con voz sosegada que había querido obsequiar a sus amigas con un banquete para hacer menos amargas sus horas de soledad.

L. Gaumont

Los maridos, confundidos, se retiraron. Pero Sexto, habiendo reparado que no se hallaba en el festín la mujer de Colatino preguntó a éste por qué razón la divina Lucrecia no se hallaba entre sus compañeras.

Colatino respondió que quizás Lucrecia había preferido quedar sola



Sexto ante la impasibilidad de Lucrecia, probó apenas la cena...

en casa, abandonada a sus recuerdos y sus esperanzas. Sexto se hizo el sorprendido y los suyos compartieron su extrañeza.

—Puesto que hemos venido a visitar a nuestras esposas—dijo al fin con pérfida sonrisa—y ya hemos cumplido este deber, justo es que visitemos a la tuya, Colatino.

Colatino vió el lazo. Miró a sus amigos y sus semblantes animados de una sonrisa irónica e insultante le llenó de furor y de despecho.

No respondió, y rindiéndose a sus deseos, a los que no podía sustraerse, llevó a Sexto y los suyos a su casa.

* * *

Colatino había hecho mal en dudar, aunque fuera un instante de la fidelidad de Lucrecia. Esta hallábase en su casa, ocupada con sus esclavas en hilar la lana.

Al ver entrar a su marido iluminóse su hermoso semblante de alegría. Abrazóle transportada y saludó graciosamente a sus compañeros.

Sexto se inclinó ante virtud tanta y cuando salió con Colatino de la

L. Gaumont

dichosa morada no podía discernir la índole verdadera de los sentimientos que trastornaban su alma.

¿Amaba a Lucrecia? ¿La odiaba acaso?

Camino del campamento interrogóse: su alma brutal y violenta no podía admitir y menos comprender que pudieran existir seres leales y honrados. Su vida disoluta llena toda ella de violencias y escándalos no se



...tropezó con un puñal corto y afilado que...

le aparecía monstruosa; en cambio figurábasele Lucrecia, un ser anormal, imposible. No, no admitía eso. Era el hijo del Rey, es decir, el amo. Todos debían humillarse ante él, y Lucrecia como los demás.

* * *

La paz de la noche no apaciguó la fiebre que consumía a Sexto ni

L. Gaumont

calmó la violencia de su sangre. No era el amor, era el deseo de marchar un alma pura, el sentimiento que le impulsó a salir furtivamente de su tienda, a montar a caballo y a emprender el camino que iba a conducirle al crimen.

* * *

Lucrecia hallábase sola en sus aposentos.
Una sirvienta recibió a Sexto.



...más Junio Bruto, arrancando de la herida el puñal...

—Dí a tu ama que Sexto, hijo del rey Tarquino, viene a traerle felices nuevas de Colatino, su esposo.

Lucrecia vino a saludar al real mensajero, e hízole los honores de su casa, e invítóle a cenar.

Sexto, ante la impasibilidad de Lucrecia probó apenas la cena y cuando Lucrecia se despidió de él para recojerse a su alcoba, no tuvo más remedio que inclinarse y corresponder a su saludo.

* * *

Lucrecia dormía. Nunca sueño de joven esposa fuera más tranquilo y más puro. Había cumplido todos sus deberes. Todo hallábase en su casa en orden. El Príncipe había sido recibido conforme a su rango y de nada podía reprocharse, ni como esposa ni como dueña de su casa.

L. Gaumont

Los Dioses parecían velar este sueño apacible.

Más de repente unos pasos vacilantes hicieron crujir levemente el piso y fueron acercándose a la alcoba. El recio cortinaje que cerraba ésta se descorrió y apareció en la estancia Sexto.

La violencia de su insana pasión venció sus últimos escrúpulos



Bruto, blandiendo el puñal tinto en sangre...

Acercóse al lecho en donde dormía sosegada Lucrecia, y al adelantar la mano para tocarla tropezó con un puñal corto y afilado que la joven escondía en su almohada todas las noches, antes de acostarse. Apoderóse de él y despertó a Lucrecia.

La patricia, llena de vergüenza e indignación al ver ante ella al príncipe, llevó la mano prestamente a donde ocultaba el puñal. Mas Sexto, satánico, se lo mostró al tiempo que le decía:

—Si resistes a mi voluntad, Lucrecia, juro por los Dioses que apuñalaré a uno de tus esclavos, lo acostaré a tu lado, al lado de tu cadáver, mejor dicho, e iré a buscar a Colatino para demostrarle la virtud de la hermosa y fiel Lucrecia. Cede, cállate y me callaré yo mismo,

Lucrecia cayó atrás desvanecida.

Y antes que despuntara el día, huyó Sexto, el príncipe indigno, de la casa que había mancillado.

L. Gaumont

* * *

A la mañana siguiente de la noche trágica que arruinó su honra, se fué Lucrecia a casa de su padre Spurio, sostenida por sus dos esclavas.

Hizo llamar a su presencia a Colatino. Ante éste y uno de sus parientes llamado Bruto, estremecida, con la voz desgarrada por los sollozos clamó su deshonor. Y antes de que ninguno de los presentes hubiera podido prever su ademán, hundióse en su pecho, hasta la guarnición, el puñal que pocas horas antes había sacado Sexto de debajo su almohada.

Colatino, loco de dolor, se arrodilló junto al cuerpo de su esposa sobre el cual la muerte había extendido ya su manto, más Junio Bruto, arrancando de la herida el puñal, lo blandió en el aire y arrastró a Colatino afuera.

* * *

Bruto seguido de Colatino recorrió las calles de Roma, blandiendo el puñal tinto en sangre que sirvió a Lucrecia para darse muerte y clamando venganza al pueblo romano, cansado de su servidumbre y harto ya de tiranía.

La muchedumbre, en un impulso formidable, irresistible entró en el Palacio de Tarquino y en sus umbrales, después de haber destruido las insignias del poder personal, proclamó la República Romana, República nacida en la sangre de Lucrecia, cuyo nombre ha pasado a ser emblema de la castidad humana.





PUNDO NOR

Dramática

El riquísimo industrial Mendoza luchaba en vano contra un sentimiento impetuoso que a aquietar no alcanzaba su fría voluntad de hombre de negocios. Amaba a Enriqueta Nuñez, mujer del ingeniero Octavio Herrera, esposa amante y respetada y madre de un niño de corta edad, contra cuya honradez y acrisolada virtud iban a estrellarse todos sus esfuerzos por sojuzgarla a su pasión.

* * *

Octavio Herrera pasaba por una época crítica. En vano su mujer le interrogaba sobre la causa de su preocupación, al verle volver a casa cada noche con la frente nublada y un gesto de desaliento en sus varoniles facciones.

Quería ocultar a su mujer la gravedad de su situación. Falto de capitales, decidió desprenderse de su explotación minera de Villagodio, y afirmar con el dinero resultante de la transacción los cimientos de su crédito comprometido. A este efecto entabló negociaciones con los enviados de una poderosa sociedad extranjera, y estas negociaciones no tardaron en entrar en buena vía.

* * *

Esta probabilidad de venta cambió algo la situación de Herrera, el cual empezó a recobrar esperanza. Mas una mañana, estando en su despacho dictando el correo a su secretaria recibió un telegrama de su agente que le llenó de doloroso estupor. Aunciaba que se había producido en Bolsa una baja súbita de las acciones de sus minas: aquella misma mañana se había lanzado al mercado un gran paquete de acciones, y esto había tenido por consecuencia inmediata una baja considerable de las mismas. Así, pues, si la venta de las minas se efectuaba, solamente podía hacerse en condiciones desastrosas para él.

Herrera permaneció algunos instantes paralizado por el estupor. Luego, después de dar algunas órdenes a su empleada dejó el despacho y se encaminó a su casa con el semblante demudado y deshecho.

A las preguntas de su mujer contestó de un solo tirón, con voz apagada:

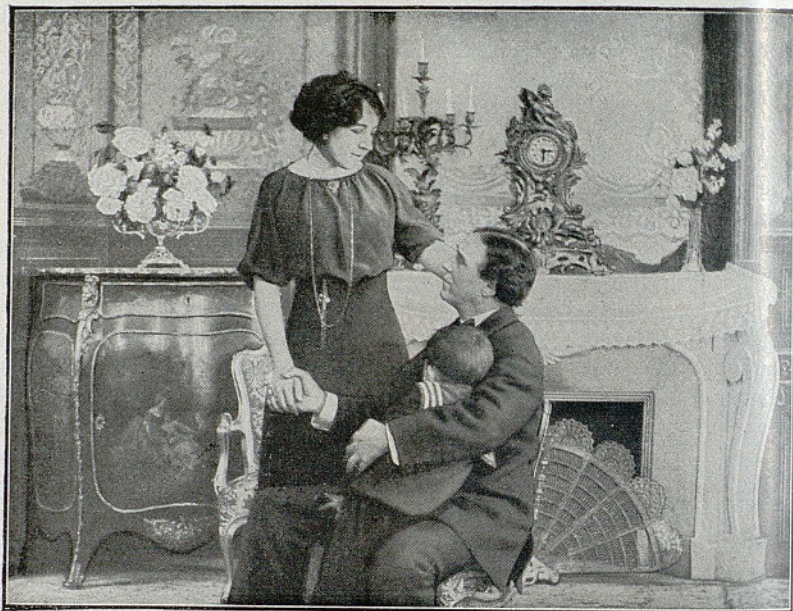
—Estamos arruinados... Una baja inexplicable de las acciones de

L. Gaumont

mis minas... El pánico... Me niegan 100.000 francos de crédito para fin de mes... Esto se llama la quiebra!

Luego, vencido por la emoción se dejó caer en una silla.

Su mujer le consoló como pudo. No había que perder toda esperanza: aún tenían amigos, que en mas de una ocasión les habían ofrecido su apoyo sincero para cuando tristes circunstancias lo exigieran. El momento había



Su mujer le consoló como pudo. No había que perder toda esperanza...

llegado de acudir a ellos. Además tenían alhajas valiosas, restos del esplendor pasado...

Mas la pobre mujer pecaba por exceso de optimismo y confianza en sus semejantes.

Los amigos todos, sin excepción, pasaban apuros de dinero y no podían, francamente...

En cuanto a las alhajas, muy valiosas cuando se compraron habían sufrido notable depreciación, y lo que daban por ellas era ridículamente insignificante.

En el momento en que, desalentada y triste, repasaba las cartas de sus amigos llenas todas ellas de dulces y melosas palabras para encubrir mejor su mezquino egoísmo, entró la criada portadora de una nueva carta. Era de Mendoza, terco en su pasión, que le escribía entre otras cosas:

L. Gaumont

Porqué no cree U. en mi amor? Oh! que desearía poderle dar una prueba de mi ciego rendimiento, demostrarle hasta que punto es sincero!

Enriqueta estrujó con irritación esta carta importuna que respondía tan mal a su estado de espíritu, y prosiguió la ascensión de su calvario.

* * *

Entretanto el Ingeniero, descorazonado, vencido, pensaba en la muerte, como libertadora de su atroz sufrimiento. Escribió algunas líneas de despedida, empuñó el revólver e iba a hacer el movimiento definitivo, cuando apareció su mujer. Apoderóse del arma que el intentó esconder e hizo jurar que no intentaría nunca desertar la lucha. Que no olvidara que detrás de él había seres que padecían también como él, y que padecerían más aún si no estuviera él para compartir su congoja.

* * *

Enriqueta resolvió intentar desesperada acción. Iría a buscar al hombre que le había hablado de amor, al riquísimo Mendoza, y le diría:

«Usted me ama... usted quiere verme dichosa... pues bien, sepa que mi marido quería matarse, que su muerte sería mi desesperación eterna y que puesto que habla usted de un ciego rendimiento hacia mí, que dice sincero... sálvenos!»

Su resolución estaba tomada. Mas en su corazón de mujer nació de repente un gran trastorno. Que iba a suceder cuando se encontrara frente a frente de aquel de quien recababa tal favor?

Vaciló... los escrúpulos, su orgullo le retenían: la necesidad feroz, ineluctible le empujaba.

De pronto ocurriósele una idea. Llevaría a su hijo. Su presencia detendría tanto la colera y la amenaza como la pasión. Decidida hizo vestir a su hijo y se encaminó, llevándole de la mano, a casa de Mendoza.

La escena fue de corta duración. La madre, humillada la frente, sonrojada formuló su demanda. El, admirado de la conducta de aquella mujer orgullosa en quien el cariño a su esposo dominaba todo otro sentimiento, tuvo un gesto noble, de caballero. Se apoderó de su talonario de cheques, llenó uno de 100.000 francos y lo tendió a la esposa.

* * *

El Ingeniero halló encima del secreter de su esposa la carta de Mendoza. Comprendió entonces porque su mujer estaba ausente y furioso se dirigió a casa del potentado, a pedir cuentas al infame que a pesar de su desgracia intentaba robarle su último bien, su esposa!

Enriqueta se interpuso entre los dos hombres.

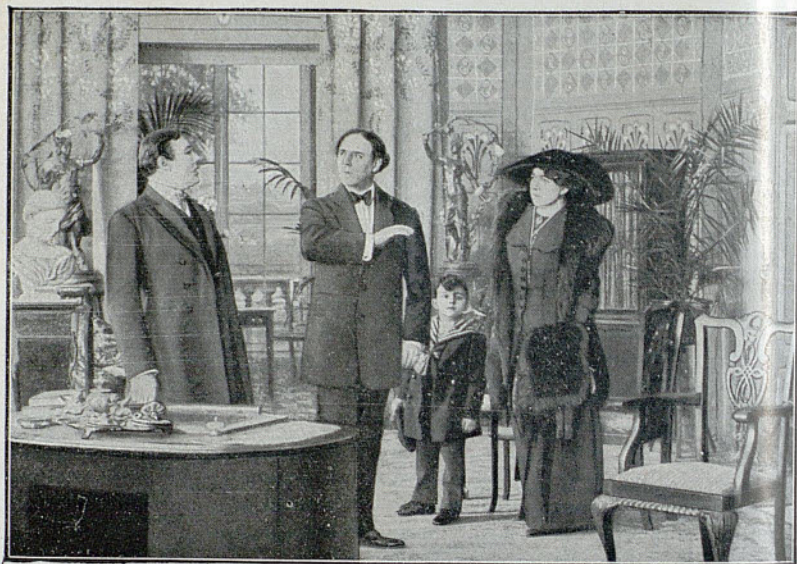
—Estamos salvados!—gritó ella.—Y puso en las manos de su marido el cheque. Mas este lo estrujó colérico e iba a apostrar a su esposa.

L. Gaumont

cuando vió a su hijo. Detúvose y paseó sus miradas de uno a otro sorprendido.

—Cómo?—exclamó Enriqueta, ultrajada de la sospecha.— Creías que por tu honor de hombre de negocios sacrificaría yo acaso mi honor de esposa y de madre!

—No respondió Mendoza, no. Pero tu acción, dictada por el corazón,



Detúvose y paseó sus miradas de uno a otro, sorprendido.

es inconsiderada. A semejante sacrificio prefiero yo la ruina y la miseria. Ven...

Y arrojando sobre la mesa de Mendoza el cheque salió de la estancia seguida de su esposa e hijo.

* * *

Entraron en la casa, fría y silenciosa: ella satisfecha de lo que había intentado y satisfecha de la inutilidad de su paso, cuyo recuerdo le habría agobiado siempre como un remordimiento: él, dichoso de haber atravesado, sin flaquear, la hora más dolorosa de su vida.

En esto vino el cartero con una carta. Emanaba esta de la banca comanditaria de la explotación de Herrera, y decía lo siguiente:

Infórmanos que la baja de las acciones de sus minas obedece a los procedimientos desleales de dos agentes a quienes, según

L. Gaumont

parece propuso V. la cesión de las minas. Dichos sujetos han sabido provocar un pánico entre sus accionistas con el fin de adquirir a bajo precio su empresa. Por lo tanto como la baja de sus acciones no proviene del proceso natural de los acontecimientos sino únicamente de una maniobra fraudulenta nos es grato comunicarle que restablecemos su crédito y que ponemos a su disposición 100.000 francos para que haga frente a los vencimientos de fin de mes.

Doblóse felizmente el tremendo cabo. Durante la terrible prueba han podido los esposos probarse la sinceridad y firmeza de su afección. Cuántos no pagarían más caro tamaña certidumbre!



El casamiento de Miss Isis Py



Comedia

Cuando las inglesas se empeñan en ser bonitas lo son con creces y este era el caso de Miss Isis Py, deliciosa «girl» de diez y ocho abriles.

Una mañana, indudablemente nebulosa, fué citada con su madre por el Notario H. P. Watercross, el cual le leyó el siguiente testamento:

Yo, el infrascrito. Sir A. Kussa, declaro legar a mi sobrina Miss Isis Py la suma de 500.000 florines a condición de que se case con mi ahijado Guy de Massapan, residente en París, calle «Aumale, 95.

Pasado el primer instante de estupor, y de vuelta a su casa, púsose a reflexionar Miss Isis. Indudablemente era aquella pretensión de su tío en extremo singular. ¡Casarse con un francés! ¡un desconocido!

De pronto ocurriósele una idea bien británica. Mandó a su criada que le trajera el disfraz de hombre que había vestido en el último Baile de Máscaras, se lo puso, preparó la maleta y se dirigió a la «Victoria Station» no sin dejar antes a su madre una carta concebida en estos o parecidos términos:

Querida mamá: Quiero saber lo que vale mi herencia. Me voy a París y volveré sabiendo a que atenerme. Te abraza tu hija. — Isis.

L. Gaumont

* * *

Tras de breve viaje llegó Miss Isis Py a París y se hizo conducir a la calle de Aumale. Su aspecto era el de un joven e imberbe «gentleman» y no despertó las sospechas de Guy de Massapan que lo recibió con afectuosa cordialidad, así que se hubo enterado, por la tarjeta que le entregara su criado, que se hallaba en presencia de John R. Py, hermano de Miss Isis, a quien conocía por referencias.



...declaro legar a mi sobrina Miss Isis Py, la suma de...

La traviesa muchacha llevó hábilmente la conversación por los derroteros del casamiento y le preguntó inocentemente si estaba dispuesto a casarse con su hermana Miss Isis. Guy de Massapan contestó a ello que precisamente había recibido aquella misma mañana una carta del «sollicitor» Watercross notificándole que su padrino Sir A. Kussa le había dejado a su fallecimiento 300.000 francos a condición de que hiciera ese casamiento, más que no queriendo hacer figurar su nombre en el Martirologio de los Maridos, había resuelto rechazar el legado.

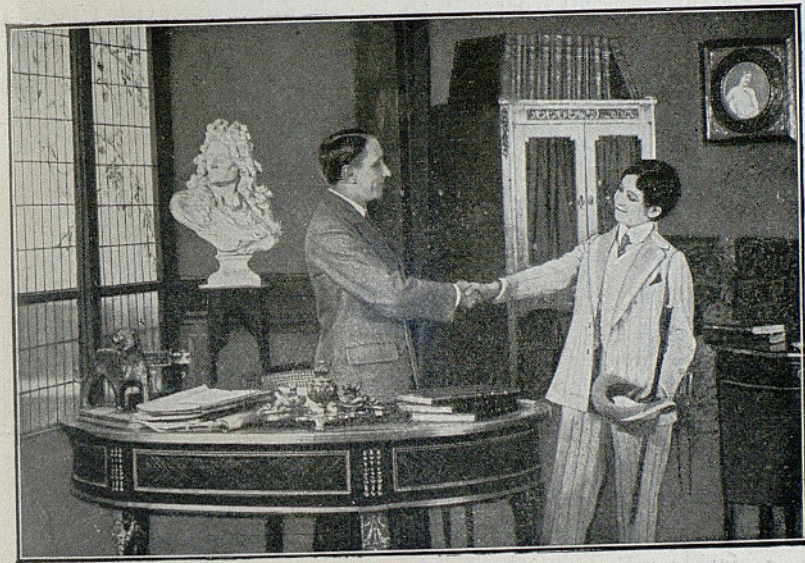
Luego sin reparar en la actitud un tanto molesta de su interlocutor, le tendió Guy su petaca. La inglesita no tuvo más remedio que cojer un cigarrillo y a costa de indecible malestar se lo fumó.

Mas no acabaron allí sus tormentos. Guy de de Massapan se empeñó

L. Gaumont

en iniciar a su nuevo amigo en la vida nocturna parisina, y le hizo visitar, casi a la fuerza, los lugares más en boga del París Alegre.

A las tres de la madrugada hallábase aún en un bar de disoluta parroquia en compañía del juerguista, extenuada, mareada, con las ideas embrolladas, más con la resolución bien firme de no casarse con tan indig-no calavera...



Guy de Massapan se empeñó en iniciar...

Por fin, ante las súplicas de su compañero, se decidió Guy a salir a la calle. Allí el relente de la noche reanimó a Miss Isis Py y le devolvió las fuerzas debilitadas por el ambiente viciado que había respirado en aquellos lugares de depravación.

De pronto una escena indigna atrajo las miradas de la joven Miss e hizo arrancar a su pecho exclamaciones de compasión. En el arroyo tres desalmados maltrataban a una perrita, pobre animal perdido, flaco y tembloroso.

Pero Guy, animado de los mismos sentimientos se interpuso entre los pilletes y el objeto de sus brutalidades, se apoderó de la perrilla y volvió con ella a donde estaba Miss Isis, conmovida del acto generoso, espontáneo y sólo dictado por el corazón del juerguista.

Guy hizo señas a un coche para que se acercara, tomó asiento en él con su compañero y su protegida y dió al cochero la dirección de su casa.

La perra agradecida, se abandonó en el coche a exageradas mani-

L. Gaumont

festaciones de entusiasmo y ello trajo por consecuencia que en uno de sus saltos enganchara con una pata la peluca de la joven y diera con ella en el suelo. Una cascada de cabellos se desparramó sobre los hombros de la joven y puso un marco de oro a su preciosa carita, llena de sonrojo. ¡Hermosa aparición! Guy apenas daba crédito a sus ojos.

—Miss Isis! exclamó. Usted era,.. Cómo podré hacerme perdonar?..

Algunos minutos después, en la calle de Aumale, Guy y Miss Isis encontraban a Mistress Py que había llegado por el primer tren, y que escandalizada y haciéndose cruces no tuvo más remedio que dar su consentimiento al matrimonio de su hija con el joven Massapan.

La perra fué adoptada y he aquí de qué modo se cumplió la última voluntad del finado.



Una nubecilla de verano



Comedia

Manolo y Susana forman una pareja encantadora. El, buen mozo, simpático, de jovial carácter. Ella, deliciosa, y está dicho todo. Vémosles comer como dos tórtolos, prodigándose ternezas y empleando a veces sus bocas en menesteres menos prosaicos que el de ingerir alimentos.

Mas he aquí que a los postres viene una nubeciila a obscurecer el límpido cielo de su dicha. Una nubecilla ligerísima, ténue, como producida por el humo azulado de un cigarrillo.

En efecto Manolo fuma y como su mujercita quiere imitarle y el no lo permite, la discordia siembra entre ellos la malhadada semilla.

Pero Susana cambia de táctica: hace desaparecer de su rostro precioso toda huella de enfado y sonríe picarescamente, de tal modo que su marido, un momento intranquilo, cae en el lazo y da por concluido el conflicto. Entonces la pícara, con un rápido movimiento gatuno se abalanza a él, le quita el cigarrillo de la boca y echándole una bocanada de humo en los ojos se escapa a su alcoba, en donde se encierra.

Manolo está furioso. Sus furores son terribles. Consisten en enfadarse, en ahuecar la voz... y en pedir por último perdón a su mujercita. Esta lo sabe muy bien y por eso abusa.

L. Gaumont

Manolo llama a la puerta cerrada,— pues Susana ante la maldad de un hombre que contraría a su mujer, ha decidido hacer alcoba a parte.— Nadie le responde. Entonces se agacha y mira a través del ojo de la cerradura. Una bocanada de humo castígame de su indiscreción, al tiempo que oye una vocecita decirle:—Vete de ahí, Gordinflón!

Qué quieren ustedes que haga un hombre a quien llaman Gordin-



En efecto Manolo fuma y como su mujercita quiere imitarle...

flón! Irse, no es eso? Es lo que hace Manolo, rabioso, yéndose al comedor a calmar su cólera con un gran vaso de agua.

Susana entretanto satisfecha de haber impuesto su santísima voluntad, se acuesta. Duerme, aunque no muy tranquila. Sus pies buscan instintivamente el brasero natural que son los pies de su maridito. Tanto se agita que sus piecitos acaban por asomar por debajo del cobertor...

Y aquí viene lo mas tremendo de la historia. Dos ratones, lo oís bien, lectoras amadas, dos ratoncillos corretean por la alcoba, reparan en los piecitos desnudos, satinados y rosados, de la dormida y van a refresgar contra ellos su hociquillos contentos de su tersura y suave calor.

Susana se despierta y al saber la causa del cosquilleo, lanza un terrible grito.

L. Gaumont

— Manolo... Socorro!... Ven, por Dios, Manoliyo!
El gordinflón se ha convertido en Manoliyo!

* * *

Manolo cree que hay fuego en casa y se traslada de un salto a la al-



.. y Manolo armado de unas tenacillas...

coba de su mujercita y ve a ésta acurrucada, estremecida de miedo, dentro de un armario. Con la voz entrecortada por la emoción le enter a del «horrible» suceso, y Manolo armado de tenacillas se pone en busca de los roedores.

Es preciso que insistamos? Captúranse los ratones y Manolo, vencedor, no tarda en convencer a Susana de que una mujer sola está expuesta a numerosos peligros, y que estos cesan de existir estando en compañía.

L. Gaumont

Y un chaparrón de besos, que no vemos, pues los picaruelos ponen entre sus efusiones y nuestra curiosidad un tupido velo, deshace por completo esta nubecilla de verano.





INCOGNITO



Comedia

Gabino Cachupinez, atildado y elegante pollo recibió una mañana de su amada la siguiente carta:

*Querido Gabino:
Papá estará fuera todo el día. Estare sola. Ven y charlaremos un rato, Gabinete mío ...! Tuya, Teresina.*

Pocos instantes después hallábase Gabino (Gabinete para su amada) a los pies de Teresina Peris, una linda jóven de ojos de color de cielo y dorada cabellera, por la cual estaba loco de atar.

Mas por un malhadado azar el padre de ella, Don Canuto Peris, de la razón social «Peris Tilo y Cia.» Hilados y Tejidos de Mentiras, volvió a su casa apresuradamente en busca de algo que había olvidado en ella. La vista del infame seductor a los pies de su hija desató su furor y sacando del bolsillo su inseparable browning amenazó con él al desdichado Gabino. Acorralado éste contra el balcón, y sin otra salida que la aérea, no vaciló un momento y se precipitó a la calle.

—Un Gabinete a la calle!—exclamó el enfurecido señor, con una risita satánica, al asomarse al balcón y ver tendido en la calle el cuerpo del vil sobornador de su hija.

Tomó el paraguas que había motivado su intempestiva vuelta y se fué, dando al salir, un furioso portazo.

Entretanto el pobre Gabino se levantaba del suelo con un boquete en la cabeza y se encaminaba a una farmacia para curarse, mientras su novia, sorprendida de no verlo en la calle se ponía apresuradamente el sombrero y se dirigía en su busca.

El farmacéutico puso como nuevo el cráneo deteriorado del infeliz Gabino, y lo envolvió con tanto algodón en rama y tantos vendajes que al salir a la calle parecía un indio tocado del clásico turbán.

Ahora bien, muy poco antes habían recibido en la Delegación del barrio el siguiente aviso:

Pónese en conocimiento del Delegado que hallándose de paso en ésta el Majaroh de Kapacurtada le rogamos tome las oportunas medidas para seguir los pasos del real visitante de un modo discreto y respetuoso...

L. Gaumont

Enteróse de este acontecimiento a todos los agentes, y éstos se desparramaron por el barrio, deseoso, cada cual, de hallar a su paso al regio personaje.

Concíbase pues la sorpresa de los llamados Ataulfo y Policarpio al ver desembocar de una travesía, ante ellos, a Gabino, cuyo tocado le designaba claramente como «rajah». Pusiéronse, pues, a seguirlo, con discreción harto aparente, uniéndose a ellos los demás agentes que encontraban



La vista del infame seductor al lado de su hija...

en el camino, hasta ser su número tan imponente que Gabino, se puso a correr, despavorido, pensando librarse de ellos

Pero los bravos agentes, sabedores de su deber ajustaron su paso al del fugitivo y todos los esfuerzos de éste resultaron baldíos. En esto, Teresita, que corría por el barrio en busca de su novio encontró a éste seguido de la imponente cohorte de representantes de la autoridad.

Abrazáronse frenéticos. —Pronto, la policía me persigue... gritó Gabino: —Corramos!...

Y pusiéronse a correr, seguidos siempre de la policía. Al fin extenuados se dejaron caer en un banco, y aprovecharon de esta tregua para abrazarse. Los agentes, que rodeaban el banco cubriéronse, púdicos, los

L. Gaumont

semblantes con sus kepis. Este encantador idilio hubiera durado aún un buen rato a no haber dirigido el destino los pasos de Don Canuto hacia aquel banco guardado militarmente. Reconoció a sus ocupantes, y lívido de furor blandió el baston y se dispuso a deteriorar por segunda vez el cráneo de Gabino. Mas la policia velaba...! En un abrir y cerrar de ojos una docena de manos inelegantes aunque robustas pusieron a Don Canuto en la imposibilidad de hacer daño, y todos se dirigieron a la Delegación.

Allí recibió Gabino las excusas del Delegado, mientras el desdichado Don Canuto, a pesar de las lamentaciones de su hija, sufría las caricias de los inflexibles agentes.

De pronto cambió la escena. Un telegrama de la superioridad enteró al Delegado que el Rajah había salido ya y que podía por lo tanto cesar toda vigilancia.

Dirigióse, indignado, a Gabino y le preguntó porqué se encontraba allí y a santo de qué se había disfrazado... Gabino, lívido, balbuceó incoherentes palabras.. Disponíanse a meterlo en un calabozo cuando intervinó Teresita y suplicó en tono tan conmovedor al Delegado que este perdonó al jóven. Y esto trajo de rechazo el que el padre, enternecido, consintiera en dar a su hija a su querido Gabinete.



La venganza del agente de policia



Cómica

Don Aristarco Cachopan era propietario y por extraño que parezca, una excelente persona. Había casado a su hijo Pepe con la hija de uno de sus amigos más íntimos, una linda muchacha llamada Mariquita, y durante el viaje de novios de la feliz pareja alhajó para ella en la casa de que era propietario un coquetón nidito. A su regreso los esposos pudieron admirar, encantados, la bondadosa previsión del papá y dispusieron a gustar de las estables delicias de un hogar tan primorosamente arreglado. Pero quiso la suerte que fuera a vivir al piso de al lado, tabique por medio, un agente de policia, melómano impenitente, llamado Eustaquio Bemolez.

El instrumento que durante las horas que le dejaba el servicio, que eran por desgracia muchas, tocaba con verdadero ensañamiento, era una trompa de caza.

Concíbase pues la desesperación de los esposos que veían turbadas a cada instante sus más tiernas expansiones por los sonos inarmónicos y estrepitosos de la trompa de Eustaquio, el melómano agente.

L. Gaumont

Enterado del suceso Don Aristarco y compartiendo la indignación de sus hijos se trasladó con estos a la habitación de Bemolez y como no dispusiera éste su actitud musical resolvió despedirle, concediéndole para desalojar el local el plazo estrictamente reglamentario.

El agente que a más de melómano era rencoroso juró vengarse. Estaba una mañana ejerciendo su vigilancia en la esquina de la calle en don-



de vivía y que había de desalojar en plazo breve, cuando pasó por delante de él la nerviosa Mariquita. Llevaba ésta en la mano un prospecto que acababan de darle y en un arranque de ira y de desprecio, hizo con él una pelota y la tiró a los pies del representante de la autoridad. Este, indignado le intimó la orden terminante de recoger del suelo el papel, Mariquita se negó, volvió él a insistir con más fuerza y como aquella se dispusiera a continuar el camino con un gesto de desdén la cojió del brazo y la llevó casi a rastras hasta la Delegación, con la imputación de desacato a la autoridad.

Cuando Mariquita volvió a su casa, de la Delegación en donde había sufrido regular responso, hallábase en un estado que daba pena verla.

Acostáronla, pues la desdichada deliraba, y llamóse con urgencia a un médico. Este, enterado del origen de su mal, vió que se hallaba en presencia de una «Polizofobia» de caracter agudísimo y recetó lo siguiente:

Procúrese un agente de policía bien conservado, que la enferma pueda maltratar y torturar con refinamiento todas las mañanas durante 8 días.

L. Gaumont

* * *

¿Es necesario que enumeremos los pasos hechos, las sumas enormes propuestas para obtener un agente complaciente que se dejase torturar, sin decir nada y con el solo objeto de calmar los nervios de una mujer bonita?

No. Preferimos decir de una vez que todos los pasos encaminados a



Cuando Mariquita volvió a su casa...

conseguirlo resultaron baldíos, y que por último D. Aristarco tuvo que recurrir a su inventiva para solucionar el conflicto. Hizo construir en efecto, un maniquí que representaba admirablemente los rasgos abominables del agente, lo vistió de un uniforme nuevo y flamante y lo instaló en el comedor, confortablemente sentado en un sillón.

Hecho esto se llamó a la enferma, que aún no repuesta de su crisis

L. Gaumont

nerviosa llegó al comedor a pasos lentos. Al ver la imagen execrada del agente allí, en su propia casa, retrocedió, lívida. Mas al ver a su suegro acometer a puñetazos al impassible guardia, sintió renacer en su pecho el valor y a su vez se abalanzó a él, puños en ristre.

Los swings, uppercuts, cross, y directs, se sucedieron con tanta rapidez que se puso al muñeco knock-out en menos tiempo del que se necesi-



ta para escribir todas estas locuciones bárbaras. Conseguido esto, la impresionable joven se retiró a sus aposentos, sensiblemente aliviada.

* * *

Mariquita tenía un hermano menor que ella. Una mañana queriendo gastar una broma a su hermana se vistió con el uniforme del maniquí, se sentó en la silla que éste ocupaba y cuando quiso aquella entregarse a las prácticas violentas acostumbradas, se levantó bruscamente y sembró a su alrededor el espanto y el terror.

* * *

No obstante las bromas y chanzonetas de su hermano, Mariquita mejoraba ostensiblemente. Volvieron a su semblante los colores perdidos, y recobró su buen humor.

L. Gaumont

Una mañana pasó por delante del odiado Bemolez, de vigilancia en la acera, y dejó caer justamente a sus pies un prospecto, con una sonrisa candorosa que hubiera desarmado a un tigre. Bemolez se estremeció de alegría.

—¡Señora, Señora!--dijo ahuecando la voz.—¡Recoja ese papel.

La aludida no contestó y siguió su camino. Iba el agente a repetir la escena de una semana atrás cuando vió con profunda sorpresa y despecho que el papel, tirado por invisible hilo, fué a esconderse, gracias a sencilla maniobra, al manguito de la joven.

Mariquita se alejó riendo a carcajadas y el del orden, confundido y humillado, se quedó en la acera mascullando palabras incoherentes...

* * *

El agente que además de melómano y rencoroso era astuto como una zorra, extrañado de las carcajadas, risas y clamores de triunfo que se oían a determinadas horas a través del tabique, abrió en éste un agujero y observó por él lo que sucedía en casa de sus vecinos.

—¡Ah!--exclamó indignado cuando se enteró de las afrentas y torturas de que era víctima en efie. Me habéis de pagar esta acción «indigna» como me llamo Bemolez.

Y aquella misma tarde, aprovechando una ausencia de sus vecinos y por medio de una llave falsa—primer crimen—penetró en la casa, arrinconó su efie y ocupó su sitio.

La acción, evidentemente, era aventurada más ofrecía en cambio ciertas compensaciones. En efecto la criada entraba momentos después para quitar el polvo al maniquí: le pasó, pues, el plumero y acabado que fué este menester se sentó en las rodillas del que ella creía ser inerte. Por muy estoico que sea, hay cosas que no pueden hacerse impúnemente. Ello fué que el Agente del orden se «desordenó» y estampó un ardiente ósculo en la nuca de la sirvienta, lugar delicioso que atraía los labios como el imán. Aterrada se levantó aquella y fué a contar el caso a sus señoritos. Estos como es natural no dando crédito al decir de la espantada muchacha, se trasladaron al comedor y para demostrarla que el agente seguía siendo tan impasible como de costumbre descargó Pepe en sus mejillas dos bofetadas de primísimo cartello.

Pero con gran estupefacción de los presentes se levantó de un salto el execrado Bemolez, y antes de que se elevara un grito empuñó a Pepe y a Mariquita y los condujo, a empujones, a la Delega.

Pero nos preguntamos ahora: ¿qué dijo el Delegado? ¿Qué providencia dictó ante tan singular caso de desacato? Es lo que la historia no cuenta y a fe que lo sentimos.





Una ascensión al Mont Blanc



Panorámica

Es preciso haber vivido en una aldea de los Alpes, ante el único espectáculo de su muralla gigantesca y de sus cimas coronadas de eternas nieves para comprender la grandiosa belleza de la montaña.

La película sobre el «Mont Blanc» nos representa la montaña desde uno de sus aspectos más admirables, pues se trata de una de las más elevadas cumbres del mundo.



En la parte más alta del Mont Blanc

La caravana parte de Piedra Puntiguda (a 2.057 metros de altura) y va avanzando progresivamente bordeando las grietas y las escarpaduras, hasta llegar al Observatorio construido por el Sr. Vallot, situado a 4.365 metros de altura, provisto de toda suerte de instrumentos de precisión destinados al estudio de los fenomenos poco conocidos de la temperatura, de la presión barométrica, de la tensión del vapor de agua y de la formación del hielo en las grandes altitudes.

La pequeña caravana arrostra una furiosa tempestad de nieve antes de alcanzar la cumbre culminante del «Mont Blanc» que yergue su arista

L. Gaumont

nevada sobre dos vertientes a pico, uniformes, recubiertas de nieve. Es sorprendente el efecto que causa ver llegar a la caravana, con miles precauciones, a la cima del blanco gigante (4.810 metros de altura) rodeada por todos lados de albas y opacas nubes.

Esta película termina presentando clichés de nubes tomadas a grandes alturas, los cuales nos permite comprender los fenómenos que rigen su formación.

Por el interés del asunto y la finura de sus clichés recomiéndase esta película. que ha de hallar, estamos persuadidos, lisongera acogida.



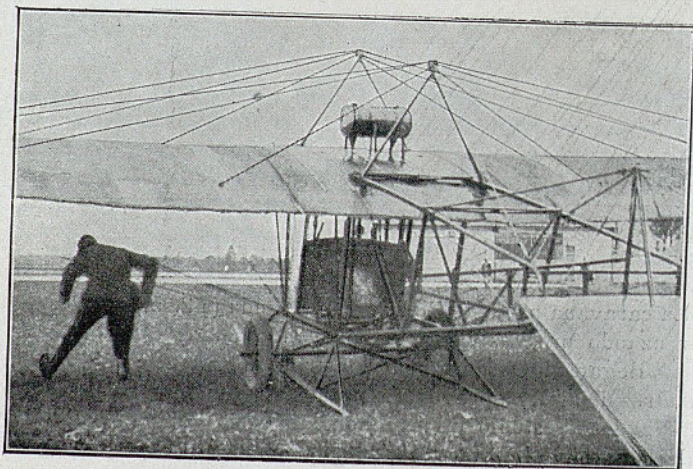
Los grandes problemas de la Aviación El aerostable de los hermanos Moreau



Documentaria

La película que con este título presentamos hoy al público nos da a conocer un curioso aparato de volar, llamado a revolucionar el mundo de la aviación.

No es el cliché vulgar y manoseado de un monoplano o de un aero-



plano que emprende el vuelo después de haberse desembarazado de la nube de mecánicos que lo tenían cautivo. El aparato de que se hace mé-

L. Gaumont

rito en esta película es obra de dos modestos trabajadores los hermanos Andrés y Alberto Moreau, de Combs-la-Ville (S. & M.) y su fin es de librar al piloto de todas las preocupaciones relativas al equilibrio longitudinal.

La acción estabilizadora se ejerce sobre la parte de atrás del adrostable por los movimientos pendulares del asiento suspendido alrededor de un eje transversal, debajo de las alas, o mejor dicho por movimientos del aparato alrededor de este eje, puesto que el péndulo debe quedar, en principio, siempre vertical.

Cóncibese en estas condiciones como se opera el enderezamiento del aparato cada vez que su eje tiende a tomar cierta inclinación sobre la horizontal: si el aparato se inclina hacia adelante la perpendicularidad cesa de reinar entre el péndulo y el eje longitudinal del aparato y una conexión apropiada entre el asiento del piloto y el timón de profundidad inclina éste para que enderece el aerostable. Cuando este último tiende a encabritarse, prodúcese el esfuerzo inverso.

Un sistema de freno inmoviliza el péndulo si por circunstancias especiales su acción fuese perjudicial, ya fuera al arrancar, al aterrizar, en caso de brusca parada del motor o bien en las rafagas de viento.

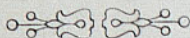
El Estabilizador automático permite al piloto volverse en su asiento, levantarse y hacer toda clase de movimientos, por violentos que sean, sin comprometer el equilibrio de la máquina volatoria.

El aviador puede pues abandonar la palanca de dirección en todo momento y volar horas y horas, haciendo de sus brazos el uso que le parezca, como podrá juzgarse con la vista de nuestra película.

A la salida el aerostable de los hermanos Moreau hace inútil la ayuda de los mecánicos, El aviador pone él mismo en marcha la hélice y cuando el aparato empieza a animarse, pronto a emprender el vuelo, toma en él asiento su piloto.

Puede también servirse de su aparato como de un automóvil y rodar con él a través de los campos: una sencilla maniobra y el aparato da el salto necesario para salvar el obstáculo que se encuentre a su paso.

Se comprende sin dificultad que un aparato concebido de tal manera maravilla a aquellos que lo ven evolucionar o que toman asiento al lado del piloto como pasajeros: compréndese que el aerostable de los hermanos Moreau, aunque engendrado por dos técnicos que únicamente tienen por capitales su buena voluntad, abra un horizonte nuevo a las esperanzas más osadas de los conquistadores del aire...





Tempestad en el golfo de Gascuña



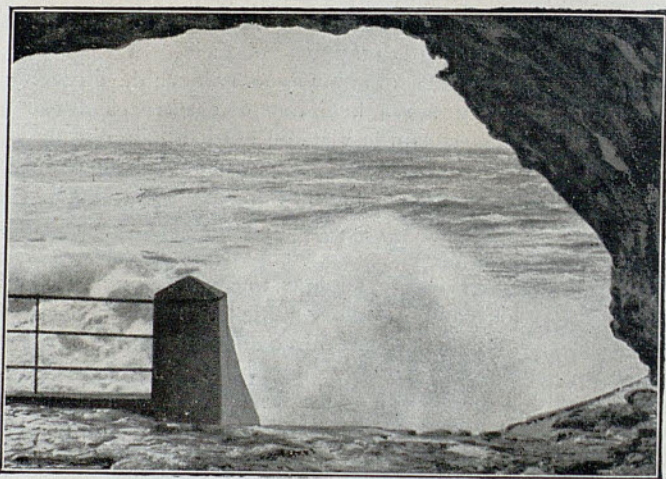
Documentaria

Esta vista marina tomada en los alrededores de Biarritz, a algunos pasos de la frontera española nos revela un mar cuya iracundia va aumentando por grados y ofrece aspectos soberbios antes de alcanzar su magnitud.

Vemos primero formarse en el horizonte olas que engruesan y se acercan lentas, perezosas, apenas rumorosas: que luego se hacen mas rapidas, gruñientes y con furia inaudita vienen a estrellarse contra las aristas cortantes del acantilado.

La gruta en donde nos hemos guarecido no es un asilo seguro, pues a cada instante vienen las olas gigantes a cerrar su abertura, y a hacernos en ella prisioneros.

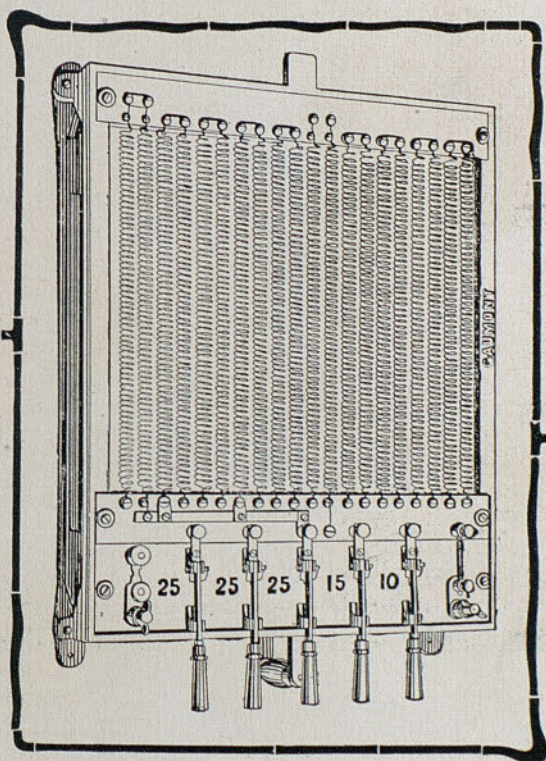
Tienen estas olas un modo de entrar en nuestro improvisado refugio, que nuestro valor y tranquilidad van debilitándose por momentos:



esas masas líquidas que ruedan y engrosan desmesuradamente al acercarse a nosotros, forman tan pavorosos conciertos de rugidos, animanlas tales cóleras de demonio que es temerario afrontarlas.

Refugiados en el rincón mas retirado de la gruta que nos abriga, a nosotros y a nuestro aparato, seguimos con ansiedad las peripecias de la borrasca, y esperamos, entre dos asaltos, la calma que nos permita salir de nuestro retiro forzado, a menos que al rugiente piélagos se le ocurra emparedarnos vivos dentro de esta tumba improvisada...

Para trabajar a 100
amperes pidase nues-
tra nueva resistencia
tipo C. 110 volts.

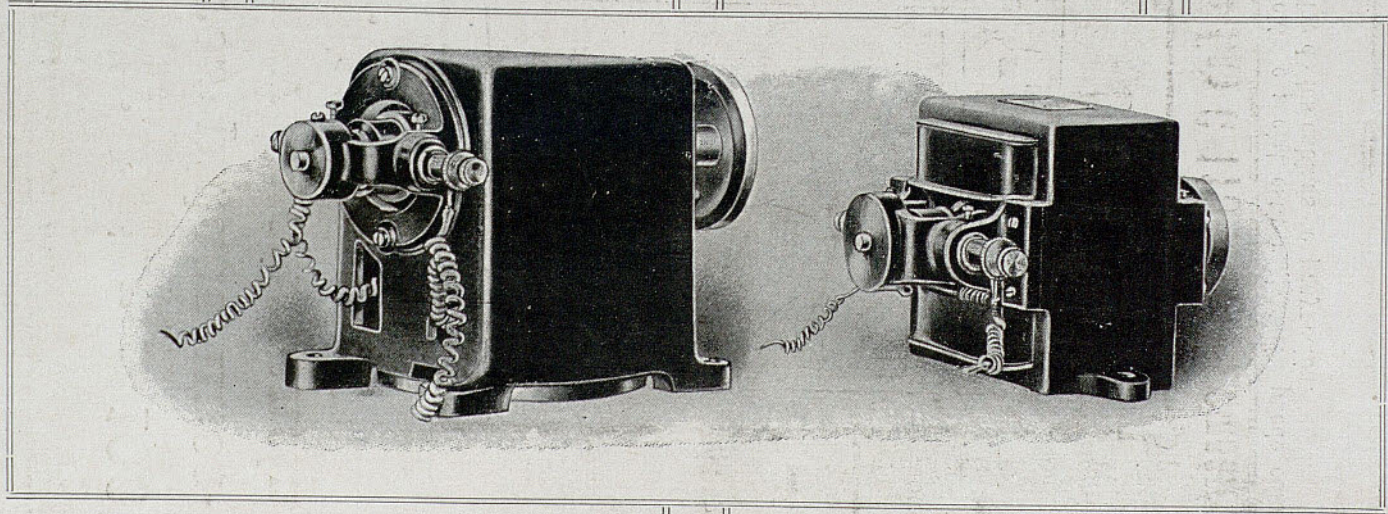


Resistencia tipo C 110 volts 100 amperes

Por su disposición especial esta resistencia puede colo-
carse al exterior de las cabinas de proyección.

Dinamos Tipo A y Tipo B

para instalaciones cinematográficas



Pídase el material eléctrico de precisión GAUMONT